Fecha de recepción: 11-11-2018
Fecha de aceptación: 11-1-2019

Link para este artículo: http://dx.doi.org/10.14198/ALEUA.2019.31.05

Puede citar este artículo como:
Freire López, Ana, «El cuento "El alud" de Jaime Quiroga Pardo-Bazán o el negativo de *Los Pazos de Ulloa*», *Anales de Literatura Española*, n.º 31 (2019), pp. 97-103.

EL CUENTO «EL ALUD» DE JAIME QUIROGA PARDO-BAZÁN O EL NEGATIVO DE *LOS PAZOS DE ULLOA*

Ana Freire López
UNED (Madrid)

Resumen

Se analizan en este artículo las llamativas semejanzas del cuento «El alud» (1904), firmado por Jaime Quiroga, hijo de Emilia Pardo Bazán, con la novela de su madre *Los Pazos de Ulloa* (1886). Tales semejanzas permiten entrever a la escritora detrás de este cuento, que podría ser una primera aproximación al tema que, con mayor riqueza argumental y fuerza narrativa desarrolló doña Emilia en *Los Pazos de Ulloa*.

Palabras clave: *Los Pazos de Ulloa*, Novela, Emilia Pardo Bazán, «El alud», Cuento, Jaime Quiroga.

Abstrac

This article analyzes the striking similarities of the story «El alud» (1904), signed by Jaime Quiroga, son of Emilia Pardo Bazán, with the novel by his mother *Los Pazos de Ulloa* (1886). Such similarities allow us to glimpse the writer behind this story, which could be a first approximation to the topic that, with greater plot richness and narrative force Pardo Bazán developed in *Los Pazos de Ulloa*.

Keywords: *Los Pazos de Ulloa*, Novel, Emilia Pardo Bazán, «El alud», Story, Jaime Quiroga.

Un cuento que recuerda mucho a una novela

Un trabajo de investigación, todavía en curso, sobre la obra literaria de Jaime Quiroga Pardo-Bazán (1876-1936) me condujo a su cuento «El alud»,

publicado en *La Época* el 17 de marzo de 1904 y reproducido en la revista *Follas Novas* de La Habana el 26 de junio de ese mismo año[1].

Al leerlo, de inmediato se me hicieron patentes las muchas similitudes que ofrece con la novela *Los Pazos de Ulloa*, que su madre, Emilia Pardo Bazán, había publicado en 1886. Hasta tal punto que no me parece aventurado suponer que en este cuento pueda encontrarse el germen de aquella novela –en este caso doña Emilia estaría detrás de «El alud»– o que, si este relato fuera verdaderamente posterior, se pretendía con él dar un mentís al marqués de la novela, al mostrar el comportamiento ejemplar de un representante de la nobleza. También en este segundo caso cabría entrever a doña Emilia en segundo plano, en unos momentos en que apoyaba a su hijo Jaime en su intento de abrirse camino en el mundo literario.

Todo lector de *Los Pazos de Ulloa* sabe que don Pedro Moscoso, supuesto marqués de Ulloa y protagonista de la novela, no era sino un pariente del verdadero marqués, como la novelista se encarga de aclarar al final del capítulo IV:

> Porque ya es hora de decir que el marqués de Ulloa auténtico y legal, el que consta en la *Guía de forasteros*, se paseaba tranquilamente en carretela por la Castellana, durante el invierno de 1866 a 1867, mientras Julián exterminaba correderas en el archivo de los Pazos. Bien ajeno estaría él de que el título de nobleza por cuya carta de sucesión había pagado religiosamente su impuesto de *lanzas y medias anatas*, lo disfrutaba gratis un pariente suyo, en un rincón de Galicia […] Al pasar a una rama colateral la hacienda de los Pazos de Ulloa, fue el marquesado a donde correspondía por rigurosa agnación; pero los aldeanos, que no entienden de agnaciones, hechos a que los Pazos de Ulloa diesen nombre al título, siguieron llamando marqueses a los dueños de la gran huronera (Pardo, 1886: I, 157-158).

Pues bien, un marqués «auténtico y legal» es el protagonista de «El alud» de Jaime Quiroga. Su título nobiliario es, en el cuento, el de marqués de Mérida y en función de él se crea la trama, en la que intervienen otros personajes que a todo lector de *Los Pazos de Ulloa* le parece conocer de antemano.

El de Mérida, además de ser también marqués, como el de Ulloa, y no otro título nobiliario, es un noble que lleva dos semanas, «desterrado del Madrid de sus amores», en Galicia, adonde ha viajado para hacerse cargo de la herencia

1. El presente artículo aborda un único punto del mencionado trabajo de investigación, del que ha sido extraído para incluirlo en este volumen de *Anales de Literatura Española* dedicado al género cuento. En el trabajo sobre "Jaime Quiroga Pardo-Bazán, escritor", que se publicará, previsiblemente, en 2019, el lector encontrará información sobre el hijo de Emilia Pardo Bazán y el resto de su obra literaria, que en ningún momento ha sido el objetivo de este artículo.

que le ha dejado una tía suya. La escena con que se abre el cuento no desdice de la pluma de doña Emilia:

> Llovía a cántaros, y el marqués de Mérida decidió no salir aquella tarde. Desde su llegada al Vilar, dos semanas antes, el pobre marqués, desterrado del Madrid de sus amores, incomunicado con el mundo, solo y aburrido, tenía frecuentes ratos de feroz *spleen,* en los cuales le acometían vehementísimos deseos de echarlo todo a rodar: la pingüe y oportuna herencia, el solemne y postrer deseo de la difunta tía, los múltiples cuidados que exige la entrada en posesión de los foros gallegos, y de volverse allá abajo, donde el sol es siempre refulgente, la atmósfera límpida y la vida amena. Sobre todo, aquel llover sin tasa, continuo, implacable; aquella sutil humedad, que se le colaba hasta los huesos, despertando los nacientes martirios de la gota, le desesperaban.
>
> Además, la soledad, la falta absoluta de gentes de sus gustos, costumbres y aficiones con las cuales tratar, el recuerdo de la vida de Círculo y de sociedad que se quedaba allá, lejos, detrás de aquellas montañas que la espesa cortina de agua esfumaba vagamente, y, por último, la rústica tosquedad de sus dos únicos acompañantes […]

Y es a continuación cuando entran en escena esos personajes que resultan tan familiares a quien haya leído la novela de Emilia Pardo Bazán:

> Don Bonifacio, el cura párroco, y Primitivo, el mayordomo, gentes que sólo pensaban en perdices y en prorrateos, y con las cuales era inútil contar para nada que oliese a literatura francesa, a deportes modernos y elegantes, a comidilla murmuradora y cáustica, a lo que exclusivamente constituía la conversación del infeliz marqués, tenían a éste en un estado muy próximo a la desesperación.

Se trata, pues, como en *Los Pazos de Ulloa*, de un cura rural aficionado a la caza y a las perdices y, como en *Los Pazos de Ulloa*, de un mayordomo que, además, se llama exactamente igual: Primitivo.

Pero no son los únicos personajes de «El alud» que nos resultan previamente conocidos, pues la segunda parte, de las dos que tiene el cuento, comienza relatando que

> Diez años después, un joven sacerdote, recién salido del Seminario de Orense, visitaba en la Rectoral del Vilar al cura párroco, el cual, casi inútil ya para empuñar la escopeta, pero conservando siempre la afición, se ocupaba en cargar cartuchos. El joven era el capellán del marqués de Mérida, llegado la víspera para desempeñar su puesto, y hacía al viejo preguntas acerca de la casa en la cual iba a prestar servicio.

Este «joven sacerdote, recién salido del Seminario», «capellán del marqués de Mérida» y «llegado la víspera para desempeñar su puesto» evoca sin lugar a dudas al don Julián de *Los Pazos de Ulloa*, también un joven sacerdote recién llegado a aquellos parajes, aunque las características de este hombre, que en el

cuento se llama Manuel, y las de todos los demás personajes de «El alud» son el negativo fotográfico[2] de sus respectivos *dobles* de la novela.

El ambiente en que se desarrolla «El alud» –una propiedad señorial en la Galicia profunda– es el de *Los Pazos de Ulloa*. Y hasta los años transcurridos entre la primera y la segunda parte del cuento son diez, como los que separan el núcleo de la novela del último capítulo, en el que don Julián vuelve a los pazos. Diez años en los que, tanto en el cuento como en la novela, han sucedido hechos decisivos. Porque, como escribe doña Emilia en el capítulo treinta:

> Diez años son una etapa, no solo en la vida del individuo, sino en la de las naciones. Diez años comprenden un período de renovación; diez años rara vez corren en balde, y el que mira atrás suele sorprenderse del camino que se anda en una década (Pardo, 1886: II, 333).

Los personajes del cuento y los de la novela

Una diferencia radical entre el cuento y la novela se encuentra, como antes he apuntado, en la caracterización moral de los personajes, ya que al sustituir en el cuento al falso marqués de *Los Pazos* por uno «auténtico y legal», que se convierte en un héroe al tocar de cerca la desgracia y la necesidad, se redime a toda una clase social. El alud que da título al cuento le cambia la vida.

Tampoco el *doble* del don Julián de *Los Pazos* es en «El alud» ingenuo y cándido, como revelan las preguntas que, con su punta de malicia, hace a don Bonifacio sobre Magdalena, la criatura que el marqués, arriesgando su vida, rescató de las ruinas dejadas por el alud cuando era niña, y que fue el motivo por el que el marqués se quedó desde entonces, y ya para siempre, en aquella Galicia que hasta ese momento le abrumaba.

> —Y dígame, don Bonifacio, ¿y la rapaza?
> —¿Quién, la señorita Magdalena? Es la ahijada del señor marqués, una rosa, don Manuel, una rosiña temprana. ¡Y más lista, más buena! ...
> —Vamos—deslizó el capellán—, fruto de algún trapicheo del señor marqués... de algún error de su juventud... Una debilidad de la naturaleza humana de las personas... *Errare humanum est,* como dijo quien sabía lo que se decía.
> —¡Quiá!
> —¿No? ¿De veras? ¿Pariente cercana suya, *luego*?
> —¡Menos!
> —Y ¿entonces?

2. Se utiliza la expresión "negativo fotográfico" en el sentido que expresa la acepción número 7 de la palabra "negativo" del *Diccionario de la Real Academia Española*: "Dicho de una imagen fotográfica: Reproducida con los claros y oscuros de manera contraria a como se ven en la realidad, o con sus colores complementarios".

En cuanto a Primitivo, aunque comparte con el de *Los Pazos de Ulloa* su nombre y su oficio de mayordomo, recibe en «El alud» el tratamiento de «don», pronunciado con respeto, que lo sitúa en otro plano entre quienes lo tratan. Y carece en absoluto de la astucia, la doblez y la maldad del mayordomo de don Pedro Moscoso.

Y don Bonifacio, cuyo nombre ha sido elegido con evidente propósito caracterizador, es, aunque también cazador, la antítesis del «tercer cazador», el abad de Ulloa, que doña Emilia presenta de forma magistral al comienzo de la novela, cuando Julián se sorprende al notar que se trata de un sacerdote:

> ¿En qué se le conocía? No ciertamente en la tonsura, borrada por una selva de pelo gris y cerdoso, ni tampoco en la rasuración, pues los duros cañones de su azulada barba contarían un mes de antigüedad; menos aún en el alzacuello, que no traía, ni en la ropa, que era semejante a la de sus compañeros de caza, con el aditamento de unas botas de charol de vaca, muy descascaradas y cortadas por las arrugas (Pardo, 1886: I, 102-103).

Don Bonifacio es quien cuenta al nuevo capellán la transformación del marqués, diez años atrás:

> […] ocurrió la catástrofe, llevó a Magdalena al pazo, la cuidó, curóle las heridas y no se apartaba de la cama de la enfermiña mientras duró la gravedad, que fue durante más de un mes. Luego la rapaza se puso buena, y la pobre inocentiña no hacía más que saltar, y correr, y reír, sin reparar que sus padres estaban comiendo tierra, allá debajo del montón. Y el señor marqués se asomaba al balcón para verla enredar con los perros en la era, y así se pasaba las horas muertas, sin pensar apenas en Madrid. Un día le pregunté: «Y ¿cuándo se va, señor marqués?». — «¡Pche! —me respondió—. No tengo día fijo. Allá veremos.»

El huevo o la gallina

No sabemos si «El alud» (1904) nació antes o después de *Los Pazos de Ulloa* (1886). Hay motivos razonables para pensar que este cuento responda a una primera aproximación de Emilia Pardo Bazán al tema que más tarde desarrollaría en forma de novela. Apoya esta suposición el hecho probado de que cuando la publicó llevaba años dándole vueltas al asunto de fondo: el verdadero papel de la nobleza, en abierto contraste con su decadencia en el ámbito rural, concretamente en Galicia. Seis años antes de la publicación de *Los Pazos de Ulloa* desahogaba doña Emilia su preocupación en un párrafo de sus «Impresiones santiaguesas», publicadas en la *Revista de Galicia*, que ella misma dirigía:

> Yo no puedo acercarme sin interés y respeto a los restos de nuestra antigua y generosa nobleza […] que […] vino a hundirse en su actual decadencia y cesó de desempeñar en la nación el puesto y papel que le correspondían por sus

> grandes propiedades territoriales, su fuerza y la inteligencia de muchos de sus individuos. Hoy aún sería tiempo acaso de que las clases ilustres por sangre y dominios recobrasen amplia y legítima influencia […] reinstalándose en sus antiguas viviendas, arrojando de ellas a las lechuzas y los grajos, reparando los estragos del tiempo devastador, y esparciendo –como esparcen humo las altas chimeneas– los beneficios de la cultura y el dinero de sus rentas en el país de cuyos frutos las cobran. ¡Cuán ameno y poblado se hallaría el suelo de Galicia, cuánto bienestar reinaría en él, a habitarlo los títulos y grandes de España que aquí tienen solar y tal vez veranean en Francia! (Pardo, 1880: 225).

Y esto es precisamente lo que hace el marqués protagonista de «El alud», un auténtico marqués semejante al de Ulloa, aquel que, teniendo sus propiedades en Galicia, paseaba en carretela por la Castellana. Pero que, como cuenta don Bonifacio a don Manuel:

> Después, reedificó la aldea. ¿No la ha visto? Pues tiene que ver: casas todas de dos pisos, blanqueadas, con su huerta cada una, y unas *cortes* para el ganado que ya las quisieran para sí las personas naturales en otros sitios. Y entonces, con pretexto de las obras, no pensaba en irse. Durante mucho tiempo recibía una porción de cartas de allá abajo, con coronas y perfumes, y primero las contestaba a vuelta de correo, y después al cabo de una semana, y por último ni las abría siquiera.

Este cuento firmado por Jaime Quiroga está en plena consonancia con la preocupación de su madre, que mostró, por vía contraria, en *Los Pazos de Ulloa*, y con el ideal que ella alimentaba. Toda la crudeza que en el aspecto moral se encuentra en los personajes y en los sucesos de la novela está ausente en el cuento. La integridad del marqués de «El alud» contrasta frontalmente con la catadura moral de don Pedro Moscoso. Don Bonifacio ni afirma ni desmiente que antes de llegar a Galicia el marqués pudiera haberse portado de otro modo, pero en lo que se refiere a Magdalena su relación siempre ha sido impecable:

> — Oiga, don Bonifacio—preguntó el capellán —: dicen que allá, en otros tiempos ... cuando andaba por esos mundos... el señor marqués era un pecador atroz... que no había honra de mujer segura con él... que cuantas veía tantas quería...
> —Eso dicen—respondió gravemente el párroco—; pero hoy puedo asegurarle, a fe de Bonifacio Manciñeira, que su vida es ejemplar y su virtud acrisolada. Cumple con todas las obligaciones de un buen cristiano, como usted mismo verá, y no tiene la calumnia lado por donde morderle. Es sobrio, es continente, es devoto, es caritativo: todo el país está lleno de sus buenas obras. Es, en fin, casi un santo.

Si antes he escrito que una diferencia radical entre el cuento y la novela estriba en la caracterización de los personajes es porque de esa caracterización deriva la distinta manera de defender una tesis que, en el fondo, es la misma. O, lo que

es igual, son dos modos de dar forma literaria a una idea. De la preocupación por la decadencia moral de la nobleza, que ha perdido el sentido de su función en la sociedad de la que forma parte, derivan tanto *Los Pazos de Ulloa* como «El alud». El cuento es ejemplarizante, al alabar el comportamiento de un noble que hace honor a su título, tanto en el plano personal como en el social. La novela defiende ese ideal mostrando la degradación de una clase que ha olvidado su propia identidad y su papel en la sociedad.

Hubiera sido una lástima que la riqueza de un asunto como éste quedara reducida a la breve extensión de un cuento ejemplar. Por eso, Emilia Pardo Bazán no solo le dio mayor amplitud argumental, convirtiéndolo en una novela, sino que la tejió con hilo más fuerte y colores más vivos.

Bibliografía

FREIRE LÓPEZ, Ana María, *La* Revista de Galicia *de Emilia Pardo Bazán (1880)*. Estudio y edición. A Coruña, Fundación Pedro Barrié de la Maza, 1999.

PARDO BAZÁN, Emilia, «Impresiones santiaguesas», en *Revista de Galicia* n°s 15, 16 y 17 (1880), p. 225.

PARDO BAZÁN, Emilia, *Los Pazos de Ulloa*, Barcelona, Daniel Cortezo y Cía. Editores, 1886.

QUIROGA PARDO BAZÁN, Jaime, «El alud», en *La Época* (Madrid), 17 de marzo de 1904.

QUIROGA PARDO BAZÁN, Jaime, «El alud», en *Follas Novas* (La Habana), 26 de junio de 1904.